E

n el intento de establecer cómo tomamos decisiones los seres humanos, se ha estudiado con cuidado la actitud que tenemos frente al riesgo de ganar o perder. Hay quienes no quieren tener ningún riesgo, por lo que optan por inversiones muy seguras, altamente conservadoras, que usualmente ofrecen una baja rentabilidad. En el otro extremo encontramos a individuos que están dispuestos a arriesgar mucho para obtener altas tasas de ganancia. Exponen su dinero en gran medida, a la manera de un apostador.

Esas actitudes se replican en muchas decisiones empresariales. Hay quienes conducen sus negocios con grandes seguridades y hay quienes tratan de obtener los mayores excedentes.

Los extremos terminan siendo censurables, pues al uno se le puede reprochar su baja ganancia y al otro sus grandes pérdidas.

No existen modelos que permitan calcular con certeza lo que va a ocurrir. Sin embargo, se entiende que hay que asumir algún riesgo para tener unas ganancias razonables.

Para resolver la cuestión alguien podría decir que hay que apostar lo que se puede perder. Todo se protege menos aquello que se aísla para jugar a la ruleta.

Cuando se atraviesa una época de pérdidas y nos acompaña el deseo de superarlas, sentimos una mayor inclinación hacia admitir mayores riesgos de los que antes asumíamos. Esto puede provocar que unos ganen y tomen ventaja y que otros pierdan y su situación empeore.

Los contadores, preparadores o aseguradores, deben visualizar acertadamente los riesgos que los empresarios quieren asumir, para no ser sorprendidos por las consecuencias. Hay que plantearse que los riesgos se realicen y pensar qué se podría hacer en tal situación. Si ante el conato no reaccionamos es probable que luego sea muy tarde.

La pandemia, además de inesperada, ha tenido un impacto mundial. Los circuitos económicos se han encargado de transmitir sus efectos de país a país, afectando incluso a los que tienen un bajo flagelo sanitario. Los riesgos pueden venir de oriente u occidente, del norte o del sur. Ya no es cuestión de lo que alcanzamos a ver, sino de entender la interconexión internacional. Hay quienes necesitarán esperar hasta que otros se hayan repuesto y empiecen a demandar bienes y servicios no esenciales. Mientras tanto las autoridades tendrán serias dificultades para limitar a los especuladores.

La primera exigencia profesional radica en obtener gran cantidad de información confiable sobre las industrias con las que trabajamos. Encontraremos muchas contradicciones, como suele ocurrir, precisamente porque las decisiones no son totalmente racionales. Si nos quedamos con datos fragmentarios de personas que esconden intereses mercantiles es seguro que nos harán equivocar.

*Hernando Bermúdez Gómez*